

Los candidatos y el agua

Dice Gabriel Zaid en un texto sobre la mentira y el poder que la clave del sistema democrático no está en las buenas intenciones o en la vocación de servicio de los gobernantes, sino en la capacidad de la ciudadanía para exigirles cuentas para hacer que sus autoridades digan la verdad y sean efectivos.

Por Adolfo Aguilar Zinser

(Ninguna)

(13 Junio 2003).- Existen candidatos que indistintamente de los partidos que los han postulado, tratan de hablar con la ciudadanía de los problemas más serios. Dice **Gabriel Zaid** en un texto sobre la mentira y el poder que la clave del sistema democrático no está en las buenas intenciones o en la vocación de servicio de los gobernantes, sino en la capacidad de la ciudadanía para exigirles cuentas para hacer que sus autoridades digan la verdad y sean efectivamente serviciales y honestas. Es cierto, en casi todos los casos la búsqueda del poder entraña algún grado de egoísmo, alguna dosis de ambición personal que hace proclives, aun a los más puros ciudadanos, a incurrir, una vez hechos gobernantes, en abusos, corrupción, engaño y demagogia, eso, si la ciudadanía no lo previene y evita. **Zaid** dice que los genuinos servidores, aquellos que asumen el poder como eso, una entrega genuina, desinteresada y cabal al servicio de la ciudadanía, son tan escasos que cuando los reconozcamos hay que tomarles la palabra, elegirlos antes de que se arrepientan. La nueva democracia mexicana hace renacer la esperanza de que nuestras autoridades electas entiendan al ejercicio del poder estrictamente como un servicio. Esta esperanza puede ser ingenua y poco realista. No obstante, la novedad democrática debiera traducirse en una nueva oferta de liderazgos, más honestos, limpios y decididos a servir. Sin embargo, en la medida en la que se aproximan las elecciones legislativas y estatales de medio periodo, las contiendas electorales parecen -cuando menos a la distancia- más un juego de vanidades personales que un debate de proyectos y de propuestas. Si bien **Zaid** nos previene de no pecar de ingenuidad y nos llama a poner el énfasis no en las personas, sino en los métodos de transparencia y en la creación de mecanismos efectivos de rendición de cuentas, los candidatos son en todo caso por quienes tenemos que votar. La democracia electoral es sin duda el mejor o el menos malo de todos los métodos para construir la representación popular y para legitimar a la autoridad. La democracia electoral tiene también imperfecciones, trampas y torceduras. De hecho, en México persisten aún vicios y desventajas, trampas, abusos e inequidades. Sin embargo, las premisas básicas de nuestro sistema electoral han cambiado: hoy cualquier ciudadano -y digo cualquiera- sabe que si se postula para un puesto de elección popular tiene la oportunidad de ganar, no por designación o dedazo, sino simplemente acumulando simpatías y votos. En estas circunstancias lo deseable es que la apertura de las oportunidades electorales multiplique también la calidad, la integridad y la consistencia de las ofertas de liderazgo, y haga de los procesos electorales ejercicios más genuinos de análisis, de identificación de tareas y prioridades, de debate nacional y local, de un

examen serio de propuestas y proyectos. Esto no parece estar ocurriendo. Nuestra democracia electoral es aún joven, impetuosa e improvisada. Quizá por ello las ofertas electorales parecen ser más un desfile de egos y una confrontación de ambiciones personales futuristas, que una presentación a la ciudadanía de verdaderas opciones para el país. En esta feria de vanidades y no obstante las advertencias de *Zaid*, nos toca a los ciudadanos identificar no sólo a los partidos, sino también y de manera especial a los candidatos. Los ciudadanos tenemos el reto, al emitir el voto, de separar a los líderes genuinos y honestos del montón cuya única razón para ser elegidos es satisfacer una ambición estrictamente personal. Dado el elenco, este discernimiento no es fácil; sin embargo, sí existen candidatos que indistintamente de los partidos que los han postulado, tratan genuinamente de hablar con la ciudadanía de los problemas más serios que enfrentan sus comunidades, de movilizar apoyo a favor no de ellos como personas sino de los cambios, transformaciones y soluciones que pueden hacer la diferencia. Uno de ellos es ciertamente Sergio Aguayo Quezada, candidato a diputado por el Partido del México Posible, del cual es fundador. Las credenciales democráticas de Aguayo son bien conocidas y están suficientemente acreditadas a lo largo de una vida consistente y honesta dedicada a la academia y a la lucha cívica. Otro menos conocido pero igualmente dispuesto a hacer efectiva su representación es Héctor Astorga, productor agrícola y activista social de la región Lagunera de Coahuila, radicado en Torreón, hoy candidato a diputado federal por parte del Partido de Convergencia por la Democracia. Sergio y Héctor son de esos candidatos de los que *Zaid* dice están genuinamente convencidos de que la misión del gobernante es servir con absoluta entrega a sus representados, y a quienes por tanto hay que tomarles la palabra. Héctor Astorga ha puesto el dedo en la llaga: el futuro de su comunidad está en la voluntad y en la capacidad que la sociedad y el gobierno tengan para resolver el problema del agua. La Comarca Lagunera que comparten Coahuila y Durango ha sido una de las regiones agrícolas y pecuarias más productivas del país. Hoy esta región está amenazada -y con ello grandes poblados- por el agotamiento, el mal uso y la contaminación del acuífero. La Conagua tiene registrados en esa parte del país 2 mil 300 pozos. Actualmente están en operación mil 925 de los que se extraen mil 88 millones de metros cúbicos de líquido. En contraste, la recarga anual natural no rebasa los 597 millones de metros cúbicos. Eso quiere decir que el acuífero se abate año con año. De 1940 a la fecha se han perdido 56 metros. En los últimos años el abatimiento se ha acelerado aún más y la pérdida es ya de 3.4 metros anuales en las ciudades de Torreón y Gómez Palacio. ¿Cuánto tiempo habrá de pasar antes de que se tomen medidas serias y firmes para cambiar esta tendencia? La Conagua espera una solución para dentro de cinco años. Héctor Astorga tiene prisa y pide que la ciudadanía lo secunde en su cruzada urgente por el agua de su comunidad. El problema se agudiza en la medida en la que la concentración de químicos altamente contaminantes y dañinos para la salud como molibdeno y selenio están ya fuera de la norma en lugares como Tlahualilo, Madero, San Pedro, Torreón y Matamoros. El arsénico está presente mucho más allá de los niveles tolerables en Tlahualilo, San Pedro y Matamoros. Lo primero que hay que cambiar son los patrones de consumo. Actualmente el 83 por ciento lo absorbe la

agricultura, mientras que los sectores urbano e industrial consumen el resto. Debido a los problemas del mercado de los productos agrícolas, la región lagunera se transformó en una zona lechera. Se calcula que por cada litro de leche se consumen entre 800 y mil 200 litros de agua. Eso quiere decir que si no se racionaliza la producción lechera, no falta mucho para que La Laguna, literalmente, se seque y sea totalmente improductiva. Muy pronto también poblaciones como Torreón comenzarán a consumir agua envenenada de arsénico. Fue la gravedad del problema del agua lo que convenció a Héctor Astorga a postularse como candidato a diputado. Con muy pocos recursos y teniendo que remontar las maquinarias partidistas, sobre todo la del PRI, que sigue siendo muy fuerte, Héctor espera ganar y procurar desde su representación en el Congreso soluciones firmes e inmediatas. En definitiva, hay candidatos que hacen la diferencia. Sergio Aguayo y Héctor Astorga son sólo dos, pero hay más.